



SERGIO GALARZA, O LA HISTORIA DE UN NOVELISTA QUE ESCRIBÍA SIN BOZAL

por Karina Sainz Borgo

Su primera novela, *Paseador de perros (Candaya, 2009)*, fue el resultado de su experiencia cuidando animales. Con ella, Galarza (Lima, 1976) inició una trilogía donde lo vivido se convierte en el principal combustible literario.

Cada palabra suya es venganza y mordisco. Después de trabajar como paseador de perros los siete días de la semana durante casi dos años, Sergio Galarza (Lima, 1976) escribió su primera novela, *Paseador de perros (Candaya, 2009)*, una íntima jauría de puntos y comas donde las historias ocurren como cicatrices. En ella, un joven inmigrante recién llegado a Madrid se ve obligado a cumplir un trabajo que nadie, en condiciones normales, soportaría.

No es un Gregorio Samsa. O no del todo. El bicho en el que habrá de convertirse nos resulta más familiar. Viajará en metro y autobús para llegar a tiempo a su trabajo. Y aunque no vista de traje es un preso al aire libre, un hombre sin patria que sólo encuentra lugar en las canciones del Sr. Chinarro, Nick Drake y Martha and the Muffins.

Al paseador anónimo la sensación de esclavitud comienza a hacerle tan vulnerable como a los animales que lleva atados de una correa. *"A veces no me interesa hablar en reuniones. Si llego de trabajar lo único que necesito es el descanso de*

una cama hecha a la perfección. Que por dentro me carcoma una calamidad es lo de menos. Lo que importará siempre es que la cama esté bien hecha y limpia, como la jaula de Odo, el mapache."

Fuera de su personaje, Sergio Galarza es un hombre de pocas, pero muy efectivas palabras. Autor de los libros de cuentos *Matacabros* y *La soledad de los aviones*, a Galarza le gusta tanto golpear críticos literarios (en realidad lo hizo sólo una vez, en 2005) como pelotas de fútbol (juega de medio-centro) y siente una especial fascinación por la música (llamar a tu mujer Laura Song en una novela es una buena metáfora al respecto).

Sergio Galarza pronuncia las erre dulcemente, a lo Julio Cortázar o como dicen que lo hacía también la Pizarnik, como si triturara terrones de azúcar. Desde hace un tiempo ha dejado de pasear perros. Ahora trabaja en la segunda novela de su trilogía madrileña. Aún así hace un alto para hablar del personaje al que da vida. Ése que sostiene una correa mientras



alguien ata otra en su cuello. Ése que escribe sobre animales al mismo tiempo que se transforma en aquel que ya era.

El paseador anónimo, ése a cuyo alrededor ocurren tragedias y gruñidos mientras él se hace el testigo silencioso de esa furia que le resulta familiar. Así es el hombre que Sergio Galarza escribe en *Paseador de perros*. Así es el paseador anónimo. Cada palabra suya es venganza y mordisco, espejo y reflejo de algo que ya estaba ahí.

El paseador sostiene una correa, pero es tirado a su vez de otra ¿Qué diferencia al paseador de sus "paseados"?

Veo más similitudes que diferencias entre el paseador y sus verdaderos clientes, es decir, los perros. Sobre todo con el mapache: los dos están enjaulados, el paseador se considera un viajero pero no tiene un duro para escapar de la ciudad, ambos están unidos por la soledad y por la furia. De hecho hay una escena en la cual el paseador alucina que un mapache gigante aterroriza a los madrileños, es su propia venganza contra una ciudad que le resulta inhóspita, porque para su mala suerte nada le sale bien.

Este hombre sigue, literalmente, los pasos de sus perros.

Con los perros ocurre algo interesante, el paseador empieza a sentirse más perro que sus clientes. El trabajo y la ciudad lo convierten en un animal, sus sentimientos empiezan a desaparecer y son reemplazados por órdenes. El paseador pierde la capacidad para ver su situación de manera objetiva, se deja llevar por el instinto y acaba odiando tanto que en un punto sólo queda reírse de sus desencuentros con la realidad. Esta novela es una tragedia que sería insoportable sin ese punto de ironía que trato de resaltar. Mi sentido del humor es ácido, quería que se sintiera en el libro, nunca lo había hecho antes a este nivel y sentía que era la oportunidad perfecta.

Animales y humanos, ya sea el paseador o los dueños de los perros, parecen necesitar por igual algo de atención y comida; caminata y conversación...Animales de costumbre.

Las necesidades de perros y dueños son las mismas, es cierto, sobre todo cuando no eres una persona muy exigente,

me refiero a la gente que no necesita de la literatura, el cine u otro arte o conocimiento para sentirse satisfecha, gente que muchas veces me produce envidia porque se complican la vida menos a mi parecer. ¿Acaso hay algún perro que necesite escuchar a Nick Drake para sentirse tranquilo? Cabe preguntarse qué nos separa de los animales. Lo que sí es un error es reemplazar a los humanos por los perros como bien apuntaba Konrad Lorenz. Alguien que no sea capaz de amar a su prójimo (siento sonar bíblico) no puede querer a los animales. La compañía animal no es idéntica a la compañía de un amigo o de una pareja, solo se parece. A veces quisiéramos que esa persona se callara y se quedara quieta a nuestro lado como un perro, y a veces quisiéramos que ese animal pudiera entender por qué estamos mal, aunque en mi caso había momentos en los cuales parecían entenderlo y me ofrecían sus gracias.

¿Por qué esta novela coloca el acento en los animales? Es decir, el animal es, de por sí, algo irracional o no interviniente por el lenguaje... ¿por qué incluirlos en el terreno de la palabra?

Cualquier cosa puede ser objeto de la literatura. Recuerdo en una entrevista a Raymond Carver, en la cual explicaba el poder de un cenicero en una de sus historias. Espero no equivocarme, acabo de recordarlo y fue hace muchos años cuando empezaba a escribir. El cenicero no sólo era un cenicero sino el medio a través del cual se establecía la comunicación entre los personajes. Entonces con un perro el efecto es más obvio, las mascotas se convierten en el instrumento para que el personaje descubra las calles de ese nuevo hogar que es escenario de sus conflictos. El perro es como ese personaje secundario que acompaña al principal en sus aventuras, aunque en este caso no queda muy claro por momentos quién es quién. Cada vez que lo pienso es la escena perfecta, alguien paseando un perro por la ciudad, por decirlo de una manera, la naturaleza y la tecnología en un mismo espacio.